

Sexto domingo del Tiempo Ordinario B2024

Quiero comenzar esta homilía con la invocación del Salmo 24: 3 “¿Quién subirá al montaña del Señor? ¿Quién estará de pie en su santo recinto? [Es] el hombre de manos limpias y de puro corazón (...)”. En otras palabras, sólo la limpieza del cuerpo (externo-físico) y la limpieza del corazón (interno) pueden garantizar que alguien esté en la presencia de Dios.

Así, había cosas o comportamientos que hacían a alguien impuro o impuro. Por ejemplo, un contacto con un pagano o con sangre, como en el caso de una hemorragia, o algunas enfermedades cuya infección modifica el aspecto externo del individuo, como la lepra, convertían a alguien en impuro. Además, el pueblo de Israel creaba que una enfermedad peor o una desgracia era una consecuencia del pecado. Por la importancia de este asunto, Moisés legisló al respecto.

La primera lectura de hoy muestra precisamente el destino reservado a alguien que tenía lepra. Se requería que su estado fuera atestado por un sacerdote y se le declaraba impuro. El mismo tuvo que mantener un perfil bajo, afeitarse la barba, hacer saber a la gente que estaba sucio y vivir aislado del resto de la población, afuera en un campamento.

La mejor representación que podemos tener hoy de la situación de la lepra, en aquella época, es la de la isla de Molokai en Hawái. En 1865, la Asamblea Legislativa del Reino de Hawái, para evitar el contagio y una mayor protección contra la enfermedad, aprobó una ley que aislaba a los leprosos y prohibía cualquier contacto con ellos. Sin embargo, un joven sacerdote belga llamado Damien de Veuster, recién ordenado e inspirado por los principios cristianos, decidió dedicar su vida a los leprosos como capellán en 1873. Después de 16 años a su servicio, contrajo la enfermedad y murió en 1889 con 49 años. Fue canonizado por el Papa San Juan Pablo II en 2009.

La gran inspiración y el ejemplo que dio coraje al P. Damián para hacer lo que hizo por los leprosos fue Jesús. El Evangelio de hoy muestra precisamente cómo nuestro Señor trató al leproso. A diferencia de la Ley de Moisés que prescribía el rechazo de los leprosos, Jesús trata al leproso con humanidad, respeto y amor. Cuando alguien ama es capaz de romper tabúes y prohibiciones. ¿No es el amor más fuerte que las reglas, más fuerte que la ley? ¿No es la luz más fuerte que las tinieblas? Cada vez que alguien abre una ventana, la oscuridad da paso a la luz que ilumina la habitación. Esta es la razón por que nuestro Señor ha venido en el mundo.

Al tocar el leproso, nuestro Señor le ofreció la curación que buscaba desde hacía muchos años y sin la cual habría seguido siendo para siempre un marginado y un paria en la sociedad. Con esta curación, nuestro Señor abre un nuevo espacio de gracia donde Dios asume sobre sí el sufrimiento de su pueblo, y donde nadie queda excluido ante Él por su situación física o mental.

Debido a que su Padre celestial es compasivo con sus criaturas, nuestro Señor tuvo compasión del leproso y quiso poner fin a su miserable situación. El gesto de nuestro Señor nos desafía a ser como él, a dejarnos conmover por la miseria y el sufrimiento de nuestros semejantes y a tomar acciones rápidas en respuesta a sus problemas.

La curación del leproso y su envío a ver al sacerdote es una invitación a hacer de la Iglesia un espacio de encuentro y una comunidad de acogida, donde se derriba el muro que divide a los pueblos. Reunidos como pueblo de Dios dentro de la Iglesia, adoramos y alabamos al Señor mientras recibimos su bendición a través de la escucha de la palabra y la recepción de los Sacramentos. Es lamentable que algunas personas piensen o encuentren bien quedarse en casa y orar en su casa sin unirse a sus hermanos en oración. Olvidan que cualquier aislamiento eventualmente los debilitará en su fe.

Tenemos que animarnos unos a otros a asistir a la Iglesia. Quienes excluyen a otros de su círculo de vida se preocupan sólo por su apariencia externa, como su enfermedad, el color de su piel, su origen o su entorno. Dios, por el contrario, mira el corazón, lo que es invisible a los ojos desnudos. Para nuestro Señor la enfermedad peor que alguien puede tener no es la física, sino la espiritual. El pecado es más destructivo que la enfermedad humana, porque si alguien pierde su vida eterna, no hay nada más que pueda hacer para salvarse.

Por eso la limpieza física del leproso que realizó nuestro Señor apunta a la curación interior que reconcilia a alguien con su Dios. Nunca debemos olvidar que más allá de nuestra apariencia saludable, todos necesitamos esta reconciliación con nuestro Dios a través del Sacramento de la confesión, porque estamos espiritualmente enfermos.

Hay más en la curación del leproso. Al curar al leproso, nuestro Señor lo establece en su dignidad de ser humano e hijo de Dios con los mismos derechos que cualquier otro. Ser humano es ser reconocido como creado a imagen de Dios. Cualquiera que sea la condición física o mental de alguien, nada puede destruir esta imagen en él. Este punto es crucial y nos invita a respetar a toda persona disminuida físicamente o mentalmente, como los discapacitados, los paráliticos o los ancianos. No somos sólo una sociedad de gente sana, sino también de enfermos, ancianos y disminuidos.

Nosotros que estamos en buena forma tenemos el deber de cuidar a los enfermos, prestarles atención, tenerles paciencia, aceptarlos y tolerarlos, a pesar de su condición disminuida. Estas personas nos recuerdan que los que estamos sanos tenemos suerte de estar en forma. Por eso tenemos que estar agradecidos con Dios. Pero también nos recuerdan la vulnerabilidad de la condición humana. Quizás hoy estemos sanos y todo nos funcione bien, pero ¿quién sabe qué nos puede pasar mañana?

Abrámonos a Dios en oración por nuestros hermanos y hermanas enfermos. Que nuestro corazón esté también abierto a ellos al reconocer en ellos a Jesús sufriente. Que vengamos y trabajemos incansablemente por la integración de quienes viven aislados, especialmente los necesitados y los pobres.

Levítico 13: 1-2, 44-46; 1 Corintios 10: 31-11: 1; Mark 1: 40-45



Fecha de la Homilía: el 11 de Febrero 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240211homilia.pdf